

Zaire y el neocolonialismo occidental

FABIEN ADONON*

Introducción

De acuerdo con el esquema clásico de razonamiento, es bien sabido que las repercusiones de una crisis internacional producen generalmente los efectos más inesperados en los teatros secundarios, es decir, en aquellos que no constituyen precisamente el centro mismo de la crisis.

En nuestros días, y específicamente en África, los teatros de operaciones y sus repercusiones tienen de secundarios y de inesperados únicamente el nombre.

En efecto, ¿cómo no sorprenderse de la interdependencia e incluso de los estrechos vínculos entre conflictos aparentemente tan distintos como son los de Zaire, Eritrea, Chad, Tibesti, República Árabe Saharaui Democrática, Sudán, Angola, Benin, Zimbabwe la República Popular del Congo, Azania, Cairo y Trípoli, Somalia y Etiopía...! Todas estas luchas se inscriben en el marco de las grandes maniobras diplomático-militares que tienden a dividir tanto a África como al mundo árabe en bloques antagónicos, dentro de los cuales se manifiestan excéntricas alianzas e incoherencias ideológicas extrañas. A tal grado que sobre este inmenso tablero de ajedrez las piezas —según el caso— parecen de una fragilidad relativa o absoluta; donde cualquier cambio en la correlación de fuerzas, o cambio de régimen en cualquiera de los frentes, desencadena inmediatamente repercusiones en los demás.

Nuestro propósito no es hacer un análisis sistemático de la interdependencia en los conflictos pasados y futuros de África, menos aún proponer una interpretación teórica de ciertas alianzas y rupturas espectaculares o discretas que se han escenificado en África; y en especial al sur del Sahara. Estos temas, sin duda alguna, merecen ser tratados aparte con el fin de deslindar los puntos de referencia que facilitarían la asimilación de tensiones y conflictos característicos de esta parte del globo terráqueo. Mucho más modestamente, la elección del tema Zaire y el neocolonialismo occidental no es, sin embargo, una casualidad. Y esto por dos razones: se trata, por un lado y sobre todo, de partir de un caso suficientemente significativo, que explique una situación generalizable a gran parte de África Negra, sin riesgo de errores notables. Por otro lado, se trata de poner en relieve lo que para el

* Beninés, es profesor de la materia de África en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, y miembro del Centro de Relaciones Internacionales de la misma.

mundo occidental representa Zaire por estar situado en esta parte de África Negra.

Algunos elementos constitutivos del proceso de descolonización como telón de fondo de la situación neocolonial en los Estados de África Negra

En el conjunto de los países de África negra, con la excepción de las antiguas colonias portuguesas, la independencia, lejos de ser un fenómeno brutal y violento que surge súbitamente, está precedida por todo un proceso evolutivo que se manifiesta tanto en la metrópoli y en el mundo como en los mismos países colonizados. Se distinguen, generalmente, dos procedimientos para el logro de la independencia: el acuerdo entre las partes y el acto unilateral. Sin embargo cualquier distinción entre estos dos procedimientos puede resultar formal, ya que, de hecho, los dos procedimientos pueden combinarse. La solución más frecuente dada en las colonias francesas era aquella en que la cesión de la independencia se basaba en un acuerdo mutuo. Aunque bien es cierto que tal acuerdo no siempre fuese pacífico. Las presiones de las Naciones Unidas, conjugadas con aquellas de la población del país colonizado, fueron a menudo determinantes para conducir al Estado colonizador a la mesa de negociaciones. Por otra parte, la insurrección armada no siempre conduce a los resultados deseados. Por ejemplo, la de los malgaches en 1947 desencadenó la respuesta inmediata y brutal de las autoridades coloniales, quienes prácticamente la ahogaron en sangre. Podríamos citar, del mismo modo, la guerra de liberación nacional o revuelta Mau-Mau, que produjo en 1952 una represión feroz por parte del gobierno británico en Kenya. En suma, en la mayoría de los casos la independencia legal ha sido obtenida sin que la población de los países colonizados del África Negra hayan tenido que recurrir a la lucha armada. La lucha fue política sobre todo y se desarrolló a nivel de partidos y sindicatos. La característica esencial de esta manera de acceder a la independencia es el establecimiento de relaciones exclusivas y privilegiadas con la metrópoli. Mejor aún, el acuerdo de la independencia se asociaba con otros que definían la cooperación entre las dos partes. Que el país colonizado aceptara cooperar con base a ciertas modalidades fijadas pro los acuerdos en la contraparte del reconocimiento de independencia por el país colonizador.

Entre este primer procedimiento de acceso a la independencia y el acto unilateral no existe realmente una oposición absoluta. Es cierto que, en esta forma, la independencia es el resultado de un acto volitivo del Estado colonial o del país colonizado.

Pero, de hecho, en ocasiones ocurría que el susodicho acto unilateral era precedido por negociaciones entre las partes, lo que significaba que al final dicho acto fuese la traducción de un acuerdo político al que ambas habían llegado. En la práctica se pueden observar varias modalidades que no haremos más que enumerar:

1. La independencia a consecuencia de un acto de voluntad del pueblo colonizado. Éste fue el caso de Guinea-Konakry en 1958; de la minoría usurpadora de Zimbabwe en 1965; del territorio de los *afar* y los *esaas* (la antigua costa francesa de los somalíes);

2. El acto unilateral como un hecho de la autoridad colonial. La independencia de las colonias inglesas generalmente se logró mediante este procedimiento. Así fue el caso en 1957 de Ghana; de Botswana (ex Bechuana), y Lesoto (ex Basutolandia);

3. Finalmente, la obtención de la independencia por la vía de decisión unilateral como resultado de una resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Fue el caso de Togo, Camerún, Tanganika, Ruanda-Urundi, hoy día, Ruanda y Burundi).

Estos dos procedimientos a los que nos hemos referido en forma esquemática tuvieron sus antecedentes en el periodo de la llamada autodeterminación o de autonomía. En esta etapa, los gobiernos y los poderes tanto legislativos como jurisdiccionales, y las decisiones económicas y financieras de los Estados africanos que habían obtenido su autonomía, dependían respectivamente del presidente de Francia y del representante de la corona británica, o de los altos funcionarios de las dos comunidades colonizadoras.

Este breve recordatorio institucional no tiene otro fin que el de hacer resaltar el hecho de que la descolonización, en realidad, no fue más que una variante sobre la situación colonial durante la cual se preparaba el lecho de la independencia; dicho de otra manera, al proceso neocolonial —destino de la gran mayoría de los países de África negra. Es en este periodo de autonomía, y más tarde, con la independencia legal, cuando se produjo la consolidación o la creación de un grupo dirigente nacional que fungió como pivote del orden neocolonial —grupo que más tarde llegó a detentar el poder estatal.

El Congo exbelga no escapó a esta evolución. Al contrario, en el movimiento general de consolidación del orden neocolonial, el Congo (Zaire) se destaca particularmente. A través de un breve inventario que nos lleva de su pasado leopoldino a los años sesenta, de la toma del poder de Mobutu a *l'affaire* angoleño y al regreso a los congoleños de Katanga exiliados, trataremos de resaltar la excepcional vitalidad del proceso de reconquista "abierta" de esta parte de África Negra.

Breve inventario

Según la visión de Robert Cornevin, la historia del Congo (Zaire) empieza como un cuento de hadas que enloquece a "niños" de aquí, allá y acullá.

Érase una vez en Bruselas, capital de un pequeño país industrial, un joven rey con gran talento para los negocios. Desde su viaje de luna de miel por el Nilo había quedado prendado de una África donde abundaban las regiones vírgenes y cuyos mapas adolecían con frecuencia de trazos ciertos. Por sus

relaciones y su considerable fortuna personal, Leopoldo II se veía favorecido con el benévolo apoyo de Bismark. Era la época de la conferencia de Berlín, en donde además de repartir África formalmente entre las naciones colonizadoras, se creó el Estado Independiente del Congo, y por unanimidad se eligió a Leopoldo II como su monarca.

Esta "cierta ternura" que Leopoldo II sentía por esta región de África ha sido, frecuentemente, justificada por la lucha en contra de la esclavitud mantenida por los árabes en Zanzíbar y Khartoum. Pero lejos de ser una empresa filantrópica, esta lucha contra la esclavitud era en realidad el efecto de una nueva organización fundada en la explotación de los congoleños, en su lugar de origen. Organización antagónica a cualquier otro sistema como el de los árabes que, por el contrario, estimulaba la deportación masiva de la población activa del Congo. En todo caso, la ternura de Leopoldo II por el Congo adquiere su valor real en el monopolio comercial del marfil, del caucho y de los minerales obtenidos en condiciones realmente criminales, bajo la vigilancia de un poderoso aparato militar cuyo papel no se limitaba, de ningún modo, a la conquista, sino que por el contrario se expandía hacia las tareas de mantenimiento de la dominación y de eliminación de las resistencias y revueltas.

El camino ha sido, en efecto, largo y difícil y va del 25 de febrero de 1885, cuando la Conferencia de Berlín creó el Estado independiente del Congo como propiedad personal de Leopoldo II, al paternalismo belga sobre el Congo colonial y de la República Democrática del Congo al Zaire que hoy en día conocemos.

La denominación del Congo como Estado independiente parece un tanto ambigua en 1885, cuando los procesos de ocupación y de anexión de las regiones del África Negra por los países coloniales no estaban aún terminados. Se trata en realidad:

1. De la entrada en vigor de los acuerdos o reglamentos de la conferencia de Berlín sobre la delimitación de la conferencia de Berlín sobre la delimitación de la propiedad de Leopoldo II y de las condiciones de acceso de otras naciones coloniales a la zona;

2. De lo que también es la concepción feudal de la colonización, que consistía en considerar ex nihilo al Congo como cualquier propiedad inmobiliaria, sobre la cual Bélgica no tenía derecho alguno, fuera de los que cedería Leopoldo II.

El actual Zaire tiene 9 165 kilómetros de fronteras; una superficie de 2 345 409 kilómetros cuadrados, es decir, es 80 veces más grande que Bélgica; una población de 25 millones de habitantes, y limita al oeste y al norte con la República Popular del Congo, con Angola y con el Imperio Centroafricano; al noreste y al este con Sudán, Uganda, Ruando, Burundi, Tanzania, y al sureste y al sur con Zambia.

Un balance sumario de los 23 años que duró el dominio congoleño de Leopoldo II podría aclararnos el significado del regalo que hizo a Bélgica en 1908.

Leopoldo II atrajo la participación de numerosos capitalistas europeos y norteamericanos a su empresa e instaló diversas compañías, las que recibieron no sólo el monopolio de la explotación de una parte del territorio, sino la plena propiedad de las riquezas y la población del mismo. Esta última era la que transformaba en mercancías dichas riquezas.

Para llevar tanto las mercancías como las riquezas al exterior se creó la Compagnie du Chemin de Fer du Congo, con el aporte de capitales de grupos privados belgas, ingleses y del Estado belga. Más tarde, en 1891, se creó la Compañía de Katanga, cuyo papel consistía en explorar, anexar, ocupar, organizar, administrar y crear la infraestructura económica de aproximadamente una quinta parte de la superficie total del Congo (Zaire), a imagen de la Compañía Británica del África del Sur.

Los intentos exploratorios del terreno en Katanga revelaron la existencia de enormes yacimientos de cobre, estaño y depósitos de carbón. En 1906 se crearon la Unión Minera del Alto Katanga y la Compañía del Bajo Congo, en Katanga, con capital francés, a fin de explotar racionalmente esta fabulosa riqueza minera. Al mismo tiempo fue fundada la Sociedad Internacional Forestal y Minera del Congo (FORMINIERE, con la participación del grupo financiero norteamericano Thomas Ryan-Daniel Guggenheim), que fue la que detentó durante 99 años el monopolio minero en un territorio de más de la mitad del Congo (Zaire). Además, ese mismo año se dio la concesión del monopolio de la producción agrícola a la Compañía Americana del Congo.

Una de las características de este periodo leopoldino fue, por consiguiente, el excepcional progreso económico y financiero del Estado Independiente del Congo.

Otro rasgo importante del Congo leopoldino fue la alianza entre la Iglesia y el Estado. El papa León XIII reserva, en 1886, el Congo (Zaire) a las misiones belgas, y la convención firmada en 1906 entre el Estado Independiente del Congo y la Santa Sede confía la instrucción a la misión católica, además concede a cada una de las misiones la propiedad perpetua sobre un terreno cuya superficie varía entre las 100 y las 200 hectáreas. En vísperas de la anexión formal por Bélgica, el Estado Independiente del Congo era, de todas las colonias africanas, la que contaba con el conjunto misionero más importante.

Para asegurar a "su patria bienamada los frutos de su obra en el Continente Africano", y convencido de que de esa manera contribuiría a la apertura de mercados indispensables para la economía belga y de nuevas fuentes de actividad para sus súbditos, Leopoldo II publicó el 2 de agosto de 1889 una parte de su testamento real, en el que lega y transmite *post-mortem* a Bélgica todos sus derechos como soberano sobre el Estado Independiente del Congo, mismos que fueron reconocidos por las declaraciones, convenios y

tratados celebrados entre las potencias extranjeras durante y después del Acta de Berlín, del mismo modo se reconocieron todos los bienes, derechos y beneficios imputables al ejercicio de esta soberanía. La implantación colonial del Congo (Zaire) corresponde efectivamente al periodo leopoldino, pero fue hasta 1908 cuando el Estado Independiente del Congo fue anexado a Bélgica y convertido formalmente en el Congo belga.

La extraordinaria organización leopoldina, que consistió en repartir tareas entre las sociedades comerciales capitalistas, las iglesias cristianas (cuya función fue la justificación moral de esta política) y el poderoso aparato militar, marcó toda la historia colonial y contemporánea del Congo (Zaire).

De 1908 a la independencia (30 de junio de 1960) el Congo belga (Zaire) era el país africano poseedor de los recursos mineros más ricos y más variados de toda África y cuya prosperidad económica no fue superada más que por el país del *apartheid*.

Las alianzas entre el capital privado, la Iglesia católica y el Estado, planeadas y sólidamente organizadas por Leopoldo II, marcaron tan profundamente al Congo que se hablaba con frecuencia de la Trinidad colonial: administración, misiones y grandes sociedades.

Así, apoyadas unas en las otras, la acción concertada y concentrada de los elementos de la Trinidad colonial desemboca, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, en un desarrollo económico fabuloso en relación con el resto de África Negra.

El Congo belga salió de la guerra con una riqueza considerablemente aumentada. Es necesario señalar a título informativo (aquello que nos parece lo suficientemente significativo para este periodo de referencia: 1940-1944) que el Congo belga vendió más de un millón de toneladas de cobre a la Gran Bretaña y exportó hacia los Estados Unidos un tonelaje importante de cobalto, estaño, zinc y uranio. Es necesario anotar que el uranio de Katanga expedido a principios de 1939 hacia Nueva York, sirvió para fabricar la bomba de Hiroshima. Dicho de otro modo, la contribución del Congo belga en el esfuerzo de la guerra y en la victoria de los aliados dista mucho de ser despreciable.

La acción de la Trinidad colonial desembocó también en un conjunto de obstáculos internos que impidieron la comunicación entre los grupos más instruidos (*évolués*) de las distintas regiones o provincias, quienes, a diferentes niveles, impugnaban ya la dominación colonial.

Entendemos por *évolués*, en la terminología colonial belga, a los congoleses "asimilados" a la civilización belga quienes recibían una carta de identidad. La carta de identidad le da a su portador ciertas ventajas sociales, ya que permite: la entrada por las noches en la parte europea de la ciudad, el acceso a algunos empleos de la administración pública o privada. Dicho de otra manera, la carta de identidad enviste al colonizado (hombre-objeto) de una especie de "dignidad" social en el interior mismo del universo colonial.

El periodo del capitalismo y del colonialismo triunfante de los años 50 duró diez años más en el Congo belga que en la mayoría de las colonias in-

glesas y francesas; y esto se debe a que tanto las misiones católicas y protestantes como la administración se encargaron de vigilar extremadamente al Congo hasta en sus más escondidos rincones. Tal supervigilancia no se encuentra en ninguna colonia, con la excepción del África del Sur.

Mayo de 1955 es la fecha en la cual el Congo belga (Zaire) comenzó a ser conocido por el mundo, ya que fue cuando el rey Balduino visitó por primera vez al Congo.

Mayo de 1955. Nos encontramos a un año de distancia del acceso a la soberanía nacional de las primeras colonias inglesas y francesas, a menos de tres años del referéndum sobre la fallida comunidad franco-africana del general De Gaulle; a algunos meses de la crisis del Canal de Suez, y a un año de la derrota de Francia en Dien Bien-Phu y en el primer aniversario de la guerra de Algeria.

Entre tanto, y como si la pequeña Bélgica y su inmensa colonia se encontraran a salvo del proceso irreversible que seguía su curso ascendente en los países colonizados de África, el rey Balduino, en sus discursos, se limitaba a llamar al pueblo congoleño a una más íntima unión con Bélgica e invocaba para ello la mística comunidad de destinos que une a los dos pueblos.

Por otra parte, un intelectual belga, de gran renombre, el profesor Van Bilsen, economista y sociólogo, no parecía haber comprendido a fondo la recrudescencia y la irreversibilidad de los distintos movimientos de liberación que sacudían el yugo colonial en África durante los años de la posguerra. Situado en el platonismo o en el paternalismo de la colonización belga, el "plan de treinta años para la emancipación política del África belga" formulado por Van Bilsen tenía el mérito de señalar que la independencia era el fin último hacia el cual debía tender la evolución de las relaciones belgo-congoleñas, lo que sin duda explica la gran resonancia que el plan tuvo en su época, tanto en Bélgica como en el Congo belga (Zaire). Ahora bien, si la realidad hubiera coincidido con la idea de emancipación gradual propuesta por este plan, aislando al Congo belga (Zaire) de la coyuntura política colonial de la época, éste no hubiera obtenido su independencia sino hasta el último tercio del siglo xx, o sea, en 1985. Mientras que a mediados de la década de los cincuenta la Gran Bretaña había iniciado ya la retirada digamos estratégica de sus diversas colonias. Francia, por su parte, había sido forzada a iniciar una tímida política de descolonización con su corolario obligado, la autodeterminación, lo que desembocó, antes de lo que había sido previsto por la metrópoli, en la "independencia legal" de sus colonias africanas.

Algunos rasgos particulares del Congo (Zaire) del periodo al que nos referimos ayudaría a comprender la excepcional vitalidad del colonialismo en este país africano. Entre 1900 y 1935 la población congoleña se incrementó con un millón de habitantes, mientras que después de la segunda guerra se registró un notable crecimiento democrático, y de los 10 millones de habitantes en el Congo en 1935, el número de la población pasó a ser de 14 millones en menos de 10 años. La distribución de la población es igual-

mente un hecho excepcional en relación con el resto del África Negra, ya que en 1956 se calculaban 1 200 000 habitantes, es decir, el 40 por ciento de los hombres adultos y aproximadamente 4 millones de congoleños, o sea, el 23 por ciento de la población era asalariado. (Actualmente esta tasa varía entre el 1 y el 10 por ciento en los diversos países de África Negra.) El aumento de la población europea es más impresionante aun en este periodo de posguerra: de los 30 000 de 1945, se llega aproximadamente a los 200 000. Su distribución también resulta muy interesante: la proporción de los misioneros (unos diez mil) no es igualada en ningún país de África; el número de agentes de sociedades privadas (unos treinta mil) sobrepasa con facilidad al número de funcionarios y colonos; de estos últimos solamente una quinta parte eran agricultores.

Hay que hacer notar que más de una tercera parte de la población europea residía en Katanga (el actual y revelador Shaba). Habría que completar este panorama sumario con otros aspectos característicos de las peculiaridades congoleñas (zaireñas).

Sin profundizar en la complejidad de cada sistema colonial, se puede decir que la óptica del colonialismo británico y francés se caracteriza por el empirismo y el cartesianismo, de lo cual resulta la fórmula de gobierno indirecto del primero y el espíritu centralizador y asimilador del segundo. La colonización belga, por su parte, se caracteriza por la práctica de un paternalismo oficial que en ciertos terrenos (como el de la educación) se aproxima sensiblemente a la colonización portuguesa.

Si la economía del Congo (Zaire) era una de las más dinámicas del continente negro, la política, en cambio, funcionaba en circuito cerrado, sin contacto con los congoleños (zaireños), ni con la metrópoli, ni con otros países africanos. Fuera de algunos sacerdotes que perfeccionaron sus conocimientos teológicos en Bélgica y en Roma, ningún laico congoleño hizo sus estudios superiores en África, en Europa o en América antes de 1952. Fue en 1956 cuando el Congo (Zaire) tuvo su primer egresado de la Universidad de Lovaina, Bélgica. En esta misma época las asociaciones y círculos de estudiantes africanos en Londres y en París constituían los medios de concientización política y los semilleros de dirigentes. En el Congo (Zaire) no hubo el equivalente de la Escuela Normal William Ponty (Senegal) para África Occidental; ni una universidad como la de Ibadán (Nigeria), crisol privilegiado en donde se formó una conciencia africana supraétnica y extraregional. En vísperas del 30 de junio de 1960 el Congo (Zaire) contaba con una veintena de diplomados en ciencias pedagógicas, políticas, administrativas y económicas, de una población de 15 millones. No había ni un médico, ni un ingeniero; pero, eso sí, los teólogos eran numerosos.

Es innecesario aclarar que no existía ninguna organización política propiamente dicha antes de 1958. Las únicas asociaciones autorizadas eran de ex-alumnos o de tipo étnico, que se constituían en las ciudades en plan de ayuda mutua, como paliativo a las consecuencias traumatizantes de la urbanización. La Asociación de los Bakongo o Abako fue una de las formaciones etnicistas

mejor organizadas y numéricamente preponderantes por la simple razón que Leopoldville (Kinshasa), capital del Congo (Zaire), está situada en territorio de los Bakongo. La Abako fue la primera asociación étnica cuya acción, hasta entonces puramente cultural, trascendió al nivel político en 1955.

Efectivamente, la Abako rechazó el plan de emancipación de 30 años de Van Bilsen y reclamó el reconocimiento de los derechos y de las libertades fundamentales que incluían el reconocimiento de partidos políticos congoleños que en su dialéctica y unidad luchasen por el advenimiento paulatino de la emancipación política. A pesar de la violencia de su requisitoria, la Abako de Kasavubu nunca empleó en 1955 la palabra independencia. En esa época todavía se usaba el término emancipación. Esta asociación étnica se convirtió en partido político al ser declarado independiente el Congo (Zaire).

Es en octubre de 1958 cuando fue creado por los *évolués* el primer partido político de vocación unitaria. Uno de los fundadores del MNC (Movimiento Nacional Congoleño), Patricio E. Lumumba, era un *évolué*. El MNC representaba el único intento de creación de un movimiento nacional que abarcaba todas las etnias y religiones. De todos los movimientos congoleños, fue el único que estuvo presente en la Primera Conferencia de los Pueblos Africanos celebrada en Accra, Ghana, en 1958. Fue precisamente Lumumba quien informó al África independiente de la existencia de un movimiento de reivindicación nacionalista en el Congo belga.

En abril de 1959 el MNC de Lumumba exigió y obtuvo la aceptación por parte de Bélgica del establecimiento de un gobierno autónomo congoleño, el que fue instalado en 1961. La unidad del partido fue minada: el ala derecha tribalista se separó del MNC, se unió a la Abako y luchó por el federalismo en contra de la idea unitaria de Lumumba.

Al lado de la Abako y del Movimiento Nacional Congoleño, que eran los dos grandes bloques, existía una cantidad de asociaciones étnicas de importancia desigual que fueron creadas entre 1959 y 1960:

La Conakat: asociación tribal de los pueblos de Katanga Sur y Central (dirigida por Tschombé y Munongo).

La Balubakat: organización tribal contraria a Conakat en cuanto al plan katangués, compuesta principalmente por balubas de Katanga del Norte.

El Partido Solidario Africano, que agrupa a los trabajadores agrícolas de una región del oeste (Kwilu). En un principio, el Partido Solidario se unió al Abako y después, en 1960, se pasó al partido de Lumumba.

El Centro de Reagrupamiento Africano, formado a raíz del conflicto entre trabajadores africanos y colonos blancos en la provincia oriental (Kivu), se unió igualmente a Lumumba en 1960.

Esto es a *grosso modo* y esquemáticamente resumido el talón de fondo en el cual se inscribe la independencia de la antigua colonia belga, que se convierte el 30 de junio de 1960 en la República del Congo —Leopoldville—, hoy en día República del Zaire.

No insistiremos aquí sobre el desarrollo de los hechos e intrigas que llevaron al asesinato de Patricio Lumumba el 17 de enero de 1961, es decir, 200

días después de la proclamación de la independencia de esta colonia internacional. Lo que se nos manifiesta como interesante en esta situación que movilizó a la gran prensa mundial de los años 60; lo que nos parece más importante de la toma de poder por Adoula, Tschombé, Désiré Mobutu, y de la situación calificada de crisis de crecimiento en África, es la visión clara de lo que significó la descolonización en esta antigua colonia belga. Sintéticamente y retomando una parte del análisis de G. Althabe, la operación que llevaron a cabo los belgas, imitando a los gobiernos francés y británico (sobre todo francés) de la época, contenía en sí el germen de una crisis potencial.

La descolonización fue, ante todo, la conservación de la estructura constitutiva de la dominación colonial con sus tres posiciones ocupadas respectivamente por el aparato estatal, las empresas capitalistas y la masa de la población; siendo la relación dominante la que se da entre el aparato estatal y la población. En otras palabras, la descolonización ha quedado encerrada en el marco de la relación que une al aparato estatal y a la población y reducida a un cambio del actor que ocupa una de las dos posiciones que la constituyen. La relación que se da entre las empresas capitalistas y la población está basada en el sistema capitalista de explotación y depende de la relación dominante en la medida en que la reproducción de la fuerza de trabajo usurpada en o por las empresas capitalistas se localiza en el aparato estatal que aún está en manos de representantes europeos. El cambio de uno de los actores, al que nos referimos, surgirá con la independencia y la implantación de las distintas instituciones, en las que pretendidamente se instaurará el poder central de Estado independiente con todo el arsenal de rigor: gobierno, parlamento, presidente de la República, etcétera, etcétera.

Después de la independencia el actor europeo "desaparece aparentemente" de los puestos dirigentes del aparato estatal, y éste, a su vez, se transforma en la matriz que gestó una burguesía burocrática nacional. A este proceso se le llamó congolización. Pero no nos hagamos ilusiones, porque los dos elementos principales del aparato estatal, el *tandem* ejército-policía y la administración, se mantienen tal como se encontraban durante la dominación colonial, es decir, controlados por los oficiales y los administradores belgas. Como es bien sabido, se ha previsto (en los acuerdos de cooperación belgo-congoleños firmados algunas horas antes de la ceremonia de la independencia) que progresivamente los cuadros belgas cederían el lugar a sus homólogos congoleños que hubieran recibido una formación adecuada en el propio Congo o en la antigua metrópoli. La dualidad entre el poder central del Estado en manos de los nacionales y un aparato estatal controlado en lo fundamental, por los elementos extranjeros, puede ser comprendido, por una parte, como el epílogo de la lucha de los años anteriores a la independencia, lucha dominada por el enfrentamiento entre los políticos nacionalistas y la administración colonial, y, por otra parte, como el punto de partida de la instauración de la dominación neocolonial, en la cual la burguesía burocrática congoleña surge como el nuevo seno de la autoridad, de la jerarquía, que reduce a su más simple expresión al poder central del Estado.

Aun así se toman precauciones: los cuadros belgas debían manifestar constantemente y de la manera más ostentosa su subordinación al poder central congolizado, o a sus representantes locales. Porque el éxito de la instauración del dominio neocolonial dependía de la conservación del control belga sobre el aparato estatal. Disfrazados de asesores o cooperantes técnicos mediante sesgo de la formación, los administradores y oficiales belgas seguían operando dentro del aparato estatal.

El poder central del Estado, cuya implantación pone fin en un primer momento a la revuelta anticolonial dirigida por los políticos nacionalistas, posteriormente se encuentra enfrentado a la alianza de los intereses belgas y los de la élite burocrática. Patricio Lumumba se negó a jugar, sobre la base de esta estructura, el papel ideológico atribuido al poder central del Estado en el proceso de descolonización, manifestando con ello su voluntad de conservar la alianza con la masa. Mas como la destrucción del desarrollo de esta alianza es el primer objetivo de los manipuladores de la descolonización que ven en ella los riesgos de ruptura de los límites dentro de los cuales puede ser encerrada ventajosamente la descolonización. De allí la feroz alianza que se trabara entre los extranjeros y la élite burocrática en contra de Lumumba y sus seguidores. Con la desaparición de Lumumba, el poder central del Estado se convirtió en una casa deshabitada. Lumumba dejó un vacío extremadamente difícil y delicado de llenar. Los responsables del asesinato tomaron pronto conciencia de ello, pues el equipo presidido por Cyrille Adoula en el poder central del Estado no tenía ninguna autoridad real, a pesar del poderoso aparato militar con el cual fue dotado por la fuerza internacional. Más aún, todos los que más tarde tuvieron la pretensión de detentar el poder del Estado, no encontraron nada más apropiado que el proclamarse como herederos de Lumumba. Esta utilización póstuma ha sido hecha tanto por sus compañeros como por sus más encarnizados enemigos: Tschombé, en julio de 1964, depositó solemnemente una ofrenda al pie de la estela mortuoria de Lumumba y en la reunión, tenida el mismo día, exaltó al héroe y se proclamó su discípulo y su heredero. Mobutu, en los años de 1966 y 1967, se adueñó de esta utilización póstuma y puso el máximo empeño en la elaboración de una ideología que le permitiera legitimizar la usurpación del poder.

En realidad, esta utilización póstuma hace jugar a Patricio Lumumba un papel que él jamás aceptó asumir en vida; es decir, la fijación del nacionalismo en la expresión que adoptó en vísperas de la independencia (unidad de todos frente al enemigo extranjero), mientras que las posiciones de los actores han cambiado; la élite burocrática, cuyos intereses son confundidos con los de los belgas, ha llegado a ser la detentadora de la posición dirigente del poder y reproductora de ese mismo poder que recibió de los extranjeros, los cuales, desde entonces, se agazapan atrás de dicha élite.

Mobutu desarrolló hasta sus límites esta utilización póstuma, tanto y tan bien que en 1973 la opinión pública internacional dio un cambio tan radical en relación con el Zaire como no ha ocurrido en relación con ningún otro país de África.

Las palabras que caracterizaban a Zaire a fines de 1965, tales como caos, desastre, catástrofe, confusión total e irremediable, cedieron su lugar al calificativo de "vocero" de África Negra; a elogios de todas partes hacia Mobutu por haber logrado restaurar la autoridad del Estado dentro de una situación interna que parecía sin salida, y por haber enderezado milagrosamente la economía, enfrentándose con éxito a los grandes grupos financieros belgas que la controlaban en un 80 por ciento.

En la escena internacional, Zaire era para muchos el vocero de la causa africana. De las varias ocurrencias sorprendentes y espectaculares del presidente de Zaire, dos llaman la atención. Mobutu se presentó sucesivamente en la Conferencia de jefes de Estado árabes en Argel, en octubre de 1973, y en la tribuna de la Asamblea General de las Naciones Unidas en noviembre del mismo año, donde fustigó a Israel y África del Sur en su alocución. Acto seguido, viajó hasta Pekín donde el mismo Mao Tse Tung lo recibió. El histórico apretón de manos entre el líder del pueblo chino y el auténtico timonel zaireño fue expresamente transmitido por satélite a varias capitales africanas y europeas y, claro, al Zaire mismo.

Para muchos africanos el país de Lumumba parecía haber reanudado en cierto modo la dinámica progresista y la intención de guardar su distancia de los países capitalistas, imitando así a Patricio Lumumba, quien había dado tal giro a su política antes de la independencia y durante los cinco meses que duró en el poder.

Fue principalmente en la vida interna que las medidas tomadas por el presidente zaireño consolidaron su posición no sólo a la cabeza del poder central, sino que también en relación con el conjunto de los países de África Negra. Progresistas y moderados empezaron a ver en Zaire el esfuerzo de un nacionalismo africano, después de haber dado la espalda al régimen que surgió del golpe de Mobutu el 25 de noviembre de 1965.

En el mes de diciembre de 1965 Mobutu prohibió la actividad de los partidos políticos y creó el Movimiento Popular de la Revolución (MPR), destinado a cimentar la unidad nacional. El derecho de huelga fue suprimido y todas las centrales sindicales fueron disueltas en provecho de la constitución de un sindicato único: el UNTC (Unión Nacional de Trabajadores Congoleños). La nueva Constitución, promulgada en junio de 1967, definía a la República Democrática del Congo como a un Estado unitario y centralista. Por primera vez, el derecho de voto fue concedido a la mujer.

Una de las reformas más importantes fue la reducción del número de provincias: de 21 a 8 entidades administrativas, cuyas asambleas fueron reducidas al estado de órganos consultivos. Y para acabar con todo intento de autonomía provincial que propicia el tribalismo, sus gobernantes no son elegidos entre los hombres políticos de la región, sino entre los funcionarios de carrera provenientes de otra provincia. Los comisarios de distrito (24) y los administradores de territorios (122) son nombrados y destituidos por el poder central.

En el plano económico, las medidas más espectaculares fueron:

1. La estatización de la Unión Minera (Shaba) que suministraba al Congo (Zaire) aproximadamente el 70 por ciento de sus recursos en divisas y del 50 por ciento de su presupuesto. Por ese entonces el país disponía de sólo el 18 por ciento de las acciones y del 24 por ciento de los votos en la asamblea general.

2. La reforma monetaria realizada bajo el auspicio del Fondo Monetario Internacional fue anunciada oficialmente el mismo día en que fue promulgada la nueva Constitución (el 24 de junio de 1967) que consagra la República Democrática del Congo.

La devaluación de 333 por ciento, una de las más severas que se ha registrado en la historia de las monedas (1 zaire equivalía a 2 dólares norteamericanos), fue acompañada por un conjunto de medidas rigurosas concernientes al sistema de cambios, a las finanzas públicas, créditos, comercio, control de precios, a las importaciones y exportaciones, congelación de salarios. En resumen, una reforma digna de ese genio financiero que fue Leopoldo II.

Esta recuperación milagrosa de la moneda congoleña aunada a la fase de estabilidad política en el cual el país parecía encontrarse cuatro años después del golpe de Estado provocaron una verdadera avalancha de inversiones extranjeras sobre las riquezas congoleñas. En 1970 todas las naciones industriales estaban presentes en el Congo (Zaire).

Después de un lapso de ilusiones, África y el mundo descubren o redescubren la verdadera imagen de la política zaireña.

I. La zairización era un engaño

En efecto, las espectaculares posiciones adoptadas a nivel económico no significaban el tomar las riendas del país, sino la articulación entre el aparato estatal y la organización de la explotación capitalista cuyo resultado fue la dominación de la segunda sobre el primero.

Ya no se hablaba más en el Zaire en términos de importación y exportación (a corto plazo), sino en términos de equipamiento e inversiones (es decir, de desarrollo a largo plazo). Una buena publicidad en los medios financieros occidentales, sabiamente manejada por los hombres de negocios norteamericanos, desencadenó por parte de los bancos norteamericanos y europeos una política de inversiones garantizadas por el derecho de posesión y explotación de una parte de los recursos exportables. La visita del rey de los belgas al Zaire en 1970 acabó con la resistencia de los hombres de negocio bruseleños que no tenían entonces más que una confianza limitada en el dirigente zaireño. Los años de 1968 a 1973 fueron un periodo de vacas gordas. Sin embargo en esta misma época se dio:

- La multiplicación de los contratos de asistencia técnica;
- La transferencia de importantes servicios del Estado (tales como la red de comunicaciones) a manos de los empresarios privados;
- La participación minoritaria del Estado en la gran mayoría de las so-

ciudades y consorcios que están orientados hacia la explotación de los yacimientos minerales, que constituyen la principal riqueza del país;

— El control de la gestión de las empresas y la comercialización de sus productos por los administradores belgas;

— La relación a un segundo plano de los comerciantes y hombres de negocios congoleños.

En suma, la situación real es diametralmente opuesta a todas las declaraciones de tipo revolucionario que enarbolaba Mobutu, situación cuya explicación no tiene en el fondo nada de original, basta con referirse simplemente a la implantación clásica de la organización capitalista y a sus mecanismos.

Lo que sí es un hecho original, es que los extranjeros hayan vuelto a ser dueños de sus empresas, por decisión presidencial del 17 de septiembre de 1976.

La ruina de la economía del Zaire ha sido analizada magistralmente por el politólogo y economista zaireño Kamitatu-Masamba, en su libro *Zaire le Pouvoir a la Portée du Peuple*, editado el año pasado. Bajo el título "El Decrecimiento del Crecimiento" hace una descripción analítica de las variaciones de la producción, de las inversiones y de la inflación entre 1970 y 1975 y llega a la siguiente conclusión:

Cualquiera que sea la opinión, hay que constatar objetivamente que la dinámica negativa o la aceleración del deterioro de la posición económica coloca al país en una situación peor que la existente cuando Mobutu tomó el poder en 1965.

Junto con esta crisis económica —agravada por el desplome del precio del cobre en 1974—, el *affaire* angoleño confirma en especial la hipocresía de la comedia patriótica y "revolucionaria" personificada por Mobutu desde 1966.

En realidad, ¿cuáles son los motivos que han orientado o guiado la opción zaireña frente al problema de Angola?

II. El Zaire y la lucha de liberación de Angola

El interés del Congo (Zaire) por la causa angoleña data de la era de Patricio Lumumba. Cuando fue primer ministro del primer gobierno congoleño (Zaire), Lumumba permitió a Roberto Holden (Gilmore) utilizar para su causa los 2 000 kilómetros de frontera que separan al Congo (Zaire) y a Angola. Fue el mismo Lumumba quien, en 1960, decidió otorgar al delegado del MPLA en Kinshasa (quien no era otro que Roberto Holden) una ayuda financiera substancial. Lumumba fue asesinado el 17 de enero de 1961, y en febrero del mismo año, cuando el MPLA organizaba su primera manifestación, Roberto Holden, como se sabe, se separó del Movimiento, considerado comunizante por sus protectores y consejeros de los servicios especiales extranjeros, y crea la Unión de la Población Angoleña (UPA-FNLA), partido tribal compuesto en su mayor parte por la totalidad de los Bakongo de Angola

(etnia mayoritaria de la región sudoccidental del Congo-Zaire). Un año más tarde Cyrile Adoula, entonces primer ministro del Congo (Zaire), condicionó la continuación de la ayuda zaireña a la constitución de un frente único de combate entre el MPLA, representado por Mario de Andrade, y la UPA, de Holden. Fue entonces cuando se produjeron los dos acontecimientos espectaculares que fundamentan la posición ya conocida de los defensores del régimen congoleño (zaireño) en el problema de Angola:

1. Después de seis meses de negociación entre el MPLA y la UPA, y cuando un acuerdo satisfactorio sobre la formación de un frente único estaba en puertas, Holden, apoyado por sus consejeros, decidió crear un gobierno angoleño en el exilio, del cual se proclama jefe. En el mes de julio de 1963 la Organización de la Unidad Africana ratifica a Roberto Holden y reconoce el gobierno revolucionario angoleño en el exilio (GRAE) como al único órgano representativo de los movimientos de liberación en Angola.

2. En agosto de 1963 el gobierno de Cyrile Adoula reconoce *de jure* al GRAE. Los militantes del MPLA fueron expulsados y sus actividades formalmente prohibidas en el Congo (Zaire).

En 1973 el FNLA, de Holden, y la UNITA, de Savimbi, se convierten en un instrumento al servicio de todos los que se oponían a la realidad de la revolución y del nacionalismo angoleños. Jonás Savimbi hizo un llamado de ayuda a los sudafricanos y a los chinos para intentar tomar el poder en Angola; Mobutu y Holden utilizaron el Ejército del Zaire y la ayuda occidental y norteamericana para la consecución del mismo fin.

La opción zaireña es, por consiguiente, ordenada, guiada a distancia y sostenida por los "aliados exteriores" para exorcizar la amenaza, que se gesta en los países liberados o en vías de liberación de la zona, en contra del valuarte más importante de los intereses occidentales en África Negra: África del Sur.

En efecto, los detentores del poder zaireño y los aliados internacionales, en un principio, temieron que el Zaire "quedase convertido en un emparedado" entre una Angola libre dirigida por el MPLA y la República Popular del Congo, de inclinación marxista. Este problema vital de supervivencia explica por qué el régimen del Zaire, no contento con prodigar un apoyo substancial a Roberto Holden, organizó una intervención masiva y directa en Angola con sus propias fuerzas armadas y con la gran ayuda en equipos militares puestos a su disposición por las potencias europeas y los Estados Unidos.

Por otra parte, Zaire sigue siendo tributario de Angola para asegurar el movimiento de su transporte marítimo, sobre todo del cobre. Cualquier impedimento a este tránsito reduciría a Zaire a un Estado enclave, como es el caso de Tchad. La ayuda a Holden implicaba también para el régimen zaireño y los intereses de Occidente la coexplotación de los yacimientos de petróleo de Cabinda, controlado desde fines de 1974 por la compañía norteamericana Mobil Oil. La explotación acelerada de este petróleo era importante para un Zaire en plena ruina económica; pero más aún para el Occidente, con el

fin de poder esquivar así las contingencias y los imponderables de una OPEP ambigua.

Tampoco es especialmente sorprendente que África del Sur haya sido la única en otorgar créditos de importancia a Zaire entre 1975 y 1976, compensando así en parte los titubeos del FMI y otros bancos occidentales. Así, pues, el país del *apartheid*, tan violentamente fustigado por Mobutu en 1973, es ahora inapreciable aliado de Zaire.

El gobierno del Zaire aseguró a sus aliados la victoria del FNLA de Roberto Holden. Lo que era sin duda la prueba manifiesta de que no tenían ni el Zaire ni sus socios ningún dominio sobre lo que sucedía realmente en la zona. En febrero de 1976 el MPLA se convierte en el garante de la independencia de Angola, pero la lucha continúa porque el FNLA, la UNITA, Zaire y sus aliados no se dan por vencidos, ya que los intereses en juego en esta zona son capitales para Occidente.

Para la gran mayoría de los africanos no existe ambigüedad alguna entre los regímenes y las fuerzas que desde hace 20 años defienden la causa de la liberación de África, y aquellos que desde hace siglos sojuzgan ingeniosa o descaradamente al continente negro.

Son señales —entre otras— de la persistencia y de la revitalización de la situación colonial y neocolonial en África Negra, la constitución de una fuerza africana de intervención o “fuerza interafricana”, tal como resultó de la reunión de los jefes de Estado de África Negra en París en el pasado mes de mayo, así como la idea de un pacto euroafricano de solidaridad militar y económica.

El acuerdo secreto firmado a nombre de Zaire con una sociedad privada de la República Federal de Alemania el 26 de marzo de 1976, que entró en vigor con efectos retroactivos del 6 de diciembre de 1975, es la prueba más significativa del excelente estado de salud del que goza el neocolonialismo en tierra zaireña.

Este documento (que ponemos a su disposición) recuerda la política inmobiliaria de Leopoldo II y más tarde la de Bélgica; política que consistía en dejar a los aventureros cosmopolitas o sociedades concesionarias la elección de grandes extensiones de las mejores tierras que les fueron cedidas en propiedad. Este tradicional menosprecio de los derechos de propiedad original de los indígenas continuó bajo la administración belga, que dio a un gran *tust* inglés (*lord* Lerverhulme, presidente de la Sociedad Lever Brothers Ltd.) un plazo de 20 años para escoger hasta 750 000 hectáreas de los mejores palmares en un radio de acción de 60 kilómetros, a cambio del compromiso de extraer por lo menos 6 000 toneladas de aceite de palma por año. La sociedad aceitera del Congo belga así creada se convirtió en la más importante sociedad inmobiliaria del Congo.

El acuerdo firmado entre Zaire y los alemanes de la República Federal en 1976 es considerado como la renuncia a la soberanía que no tiene igual en toda la historia neocolonial.

El territorio cedido a la sociedad alemana para servir de base de lanzamiento de satélites y misiles equivale a las 3/4 partes de la superficie de la República Federal de Alemania y está situado en una región de gran importancia estratégica. En efecto, colinda con Tanzania y Zambia; está a 250 kilómetros de Zimbabwe, y en una parte de la extensión toca a Shaba, el pulmón de Zaire. Es, en realidad (además de las actividades especiales de la OTRAG), un cerco y un centro nervioso de desestabilización de los países progresistas de la zona, que respaldan directamente a los movimientos de la liberación de Zimbabwe y de África del Sur. Y para cerrar con broche de oro, germanos y sudafricanos cooperan febrilmente en la fabricación de la bomba sudafricana.

Por otra parte, la participación activa de París y Washington en la dotación del equipo atómico a Pretoria no es ya ningún secreto para nadie. De 1965 a 1976 Estados Unidos entregó a Sudáfrica más de 100 kilogramos de uranio enriquecido, con lo que, de acuerdo con la opinión de los expertos, se pueden fabricar diez bombas atómicas como las de Hiroshima. Desde los inicios de los años setenta, Francia no se ha contentado con proveer al régimen del *apartheid* de armas clásicas, le ha entregado dos centrales nucleares, las que para 1985 estarán funcionando y producirán 500 kilogramos de plutonio por año, es decir, la cantidad suficiente para fabricar cien bombas atómicas tipo Nagasaki.

Desde entonces, se mide la gravedad de la amenaza que pesa sobre el continente africano, en términos de convertir a esta zona en un campo de batalla de una dimensión totalmente nueva. En tanto, la conciencia de la población de esta zona, en particular, y de los Estados de África, en general, se agudiza cada vez más y conduce a la resistencia armada en contra del colonialismo y el neocolonialismo para recobrar su libertad perdida o hipotecada.

En el Zaire de hoy, que produce más de 500 000 toneladas de cobre anuales; 1 630 toneladas de mineral de hierro; 4 300 toneladas de estaño; 4 200 de oro; el 85 por ciento del cobalto, y el 30 por ciento de la producción mundial de diamantes, sin hablar de las minas de plata, de los yacimientos de petróleo, de zinc, de manganeso, de bauxita, de uranio, su población parece vivir en el cuarto mundo por su ingreso, que es uno de los más bajos del mundo y de África. Lo que no le impide a la nueva burguesía o a la pequeña burguesía zaireña acumular riquezas considerables, tanto en el interior como en el exterior del país. Es más, el regionalismo o el tribalismo se encuentra en su apogeo: 9 personas de una misma provincia deciden, soberanamente, por los 25 millones de habitantes, y el Ejército del Zaire está integrado en su mayor parte por elementos originarios de la región natal de Mobutu y de los mercenarios sudafricanos, rhodesianos, europeos y marroquíes.

Los que no aceptan esta situación, se han venido organizando desde junio de 1968 para combatirla. El objetivo de la lucha armada del FLNC es efectivamente destruir el régimen neocolonial zaireño, como el de los frentes de otros países africanos ante el despotismo de sus propios regímenes. El vocablo cómodo de "exgendarmes-Katangueses", con el cual se falsea al Frente de

Liberación Nacional Congoleño, nos recuerda las denominaciones atribuidas al Frente Nacional de Liberación Argelino en la primera etapa de su lucha armada por la independencia de la nación argelina. Para las autoridades francesas de la época, los combatientes del Frente de Liberación Nacional Argelino no eran más que vulgares bandidos, asesinos de europeos indefensos.

Todos los zaireños conscientes saben bien que el movimiento, que el 28 de junio de 1968 se transformaría en el Frente de Liberación Nacional Congoleño, atacaba desde 1967 al gobierno del general Mobutu y que no tiene nada de común con los grupos de choque katangueses y los mercenarios a sueldo de Tchombé.

Por otra parte, si los mal llamados exgendarmes katangueses hubieran tenido la intención de organizar una secesión, podría haber sido desencadenada en la época de la colonización portuguesa en Angola, cuando el régimen fascista de Caetano no deseaba otra cosa que provocarle problemas al Zaire, que ayudaba a ciertos movimientos de liberación angoleños. Entre tanto, de 1968 a 1974 los denominados exgendarmes katangueses dejaron en paz al régimen de Kinshasa cuyo impulso revolucionario iba viento a popa. Sólo que los dirigentes del Zaire se valieron de esta paz para arruinar al país y esclavizar a su pueblo.

Es difícil concebir que el FLNC, que luchó al lado del MPLA en 1975-1976 para rechazar la agresión zaireña contra Angola; y que apoyó en este país un movimiento revolucionario que consagra como uno de sus principios básicos la integridad territorial (basta referirse a las batallas de Cabinda), pueda abrigar intenciones secesionistas en el Zaire.

Es más, ni el presidente Neto ni el mismo Frente estarían interesados en repetir el error histórico que fue, en el ámbito africano, la tentativa de secesión de Katanga, actualmente Shaba. Y es por lo que los zaireños y los africanos, en su mayoría, consideran hoy a los que son tratados de exgendarmes katangueses como patriotas, nacionalistas, combatientes de la libertad y del cambio.

A estos elementos objetivos de apreciación se suman las declaraciones nada ambiguas de Nathanael Mbumba, presidente y jefe militar del Frente de Liberación Nacional Congoleño:

El Frente de Liberación Nacional Congoleño —dice Mbumba— encuentra su curso en el pensamiento político del más grande líder congoleño, Patricio Lumumba, consecuencia lógica de la experiencia política vivida desde el acceso de nuestro país a su independencia en 1960. El Frente tiene por finalidad reagrupar todas las fuerzas vivas del país, tanto a los campesinos como a los trabajadores manuales e intelectuales revolucionarios, para edificar sólidamente una nueva sociedad congoleña, y así poner fin al régimen neocolonialista, agente del capitalismo internacional en el Zaire.

Objetivamente, el FNLC representa por consiguiente una fuerza revolucionaria para la liberación del Zaire, una fuerza popular cuya lucha es sos-

tenida por el pueblo zaireño, lo que ha sido demostrado en las dos incursiones que el Frente ha hecho en Shaba en abril de 1977 y en mayo de 1978. El objetivo —Shaba, es claro— es golpear al Zaire en su punto más sensible y vulnerable. Paralizando a Shaba, que provee del 70 por ciento de recursos al país, se pone en jaque al régimen ahogado en la deuda exterior, roído por la inflación y hundido en la corrupción; al mismo tiempo y como consecuencia se afecta a los países que como Bélgica, Alemania Federal, Gran Bretaña, Francia, Japón y Estados Unidos poseen poderosos intereses en el Zaire. El plan del neocolonialismo occidental y sus aliados: egipcios, marroquíes y de otros países africanos para salvar a Mobutu, ha vuelto a funcionar. Mas nada permite creer que esta guerra de desgaste se detendrá pronto, ya que sus componentes siguen vigentes tanto antes como después de Kolwezi. Todo parece indicar que la lucha será larga y sangrienta, no únicamente en Zaire, pues Shaba no es objetivamente más que una ramificación de la guerra que abraza ya toda África.

NOTA. No habían pasado ni siquiera 60 días después del fin de la Segunda Guerra de Shaba cuando los presidentes de Zaire y de Angola tuvieron un acercamiento espectacular. Las bambalinas de la XV Cumbre de la OUA, celebrada en Khartoum (18-22 de julio de 1978), fueron el punto de partida de la reconciliación que se concretizó en la normalización de las relaciones Kinshasa-Luanda, el 20 de agosto de 1978.

¿Podría considerarse que este acercamiento entre dos vecinos con sistemas sociopolíticos opuestos no es más que una simple tregua? ¿O acaso se trataría del juego de la táctica y de la convicción? ¿O bien, la realidad que asesta un duro golpe a la ética revolucionaria en África?